

Bartoli, Fabio, *Un mismo lado del mundo. La seducción donjuanesca y la decisión fáustica en Kierkegaard y Kafka*, Santa Rosa de Cabal: Casa de Asterión Ediciones, 2022, 361 pp.

<http://doi.org/10.54354/MRDA6457>

Ilya Semo

El libro de Fabio Bartoli, *Un mismo lado del mundo. La seducción donjuanesca y la decisión fáustica en Kierkegaard y Kafka*, aporta una serie de contribuciones relevantes al campo de estudios que hace posible la comparación entre estos dos autores. En primer lugar, es importante señalar que, en contraste con otros enfoques de corte biográfico o psicoanalítico, que pondrían en primer plano la relación de ellos con la figura del padre o la cuestión del matrimonio, Bartoli sigue “el enfoque que privilegia el análisis de la experiencia de la escritura y su influencia en el desarrollo de la postura filosófico-existencial del autor”.<sup>1</sup> La cita de Kafka de la cual toma el libro su nombre versa de la siguiente manera: “Hoy he conseguido el *Libro del juez*, de Kierkegaard. Como ya suponía, su caso, a pesar de algunas diferencias esenciales, es semejante al mío, por lo menos se encuentra en el mismo lado del mundo. Me confirma como un amigo”<sup>2</sup>.

Kafka, desde una primera lectura, se identifica por un lado con Kierkegaard mismo y por otro como un amigo suyo. Y aunque, con el tiempo, esta identificación parece sufrir sus propias metamorfosis y distanciamientos, quedará siempre latente como huella la peculiar localización “en el mismo lado del mundo” que atraviesa a su comparación como escritores<sup>3</sup>. La tarea de Bartoli de dibujar una “genealogía” de esa localización comienza por considerar a ambos autores bajo el aspecto del romanticismo, en particular, a partir de su énfasis sobre la figura del individuo<sup>4</sup>. No obstante la caracterización que hace Bartoli del romanticismo de ambos autores como

---

<sup>1</sup> Fabio Bartoli, *Un mismo lado del mundo. La seducción donjuanesca y la decisión fáustica en Kierkegaard y Kafka*, Santa Rosa de Cabal: Casa de Asterión, 2022, p. 16.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 177 (Anotación del diario del 21 de agosto de 1913).

<sup>3</sup> Por ejemplo, en una carta a Oskar Baum, Kafka anota: “Kierkegaard es una estrella, pero que brilla sobre una región casi inabordable para mí”. Como subraya Bartoli a partir de un pasaje que recupera de los diarios de Kafka, este último va poco a poco sintiendo que “dicha semejanza no era tan determinante como había estimado en un primer momento”. *Ibíd.*, p. 179. En dicho pasaje Kafka se cuestiona a sí mismo: “Flaubert y Kierkegaard sabían muy bien lo que les pasaba, tenían la voluntad firme, lo cual no era cálculo sino acción. En cambio, en ti, hay una sucesión interminable de cálculos, un terrible proceso oscilatorio de cuatro años”. (Anotación del diario del 27 de agosto de 1916) *Ibíd.*, p. 178.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 93.

una actitud vital “frente a su época” antes que una filiación explícita a este movimiento, parece difícil superar por completo las dificultades que implica atribuirles este carácter, dada la distancia histórica de Kafka y el rechazo crítico de Kierkegaard en relación con el mismo<sup>5</sup>. Por el bien de la comparación, yo sugiero colocar a los dos autores dentro del género del absurdo, ya que es más fácil figurarse al filósofo danés como un precursor de este último, que imaginarse al novelista checo como un romántico. A pesar de ello, es cierto que el estilo de ambos fue fuertemente influenciado por la literatura del romanticismo, y que constantemente recurren, por ejemplo, al recurso de la primitividad que la caracteriza, como una fuente de creación literaria.

La categoría del “individuo”, en este sentido, no sería simplemente un interés prioritario de ambos autores, sino tal vez el concepto mismo que permite trazar la frontera del lado del mundo que habitan. No hay duda de que para Kafka, este individuo no es nunca algo dado sin más; las condiciones que lo hacen posible, sin haberse perdido en primer lugar, requieren no obstante a cada momento ser producidas, para que el individuo ande, respire y luche. “No es desidia, mala voluntad, torpeza —aunque haya algo de todo eso, porque “el insecto nace de la nada”— lo que me hace fracasar, o ni siquiera fracasar, en todo: vida familiar, amistad, matrimonio, profesión, literatura, sino que es la falta del suelo, del aire, de ley. Crear esto es mi tarea, no para que yo pueda, por ejemplo, recuperar lo que perdí, sino para que no haya perdido nada, pues la tarea es tan buena como cualquier otra”<sup>6</sup>. Es claro que, en Kierkegaard y en Kafka, la primitividad, que es el requerimiento del individuo y su posibilidad para comunicarse, nunca es un retorno a un origen perdido, sino en todo caso, el esfuerzo constante por comenzar la tarea, sin importar cuál, siempre desde el principio. Como lo indica Bartoli, esta imagen del individuo debe ser a la vez “punto de partida” y “continuo devenir”, “ser fragmentado” y “sentido de inconformidad en relación con toda la época”<sup>7</sup>.

Mientras que Kierkegaard vivió poco después del estallido de la Ilustración como forma hegemónica de la modernidad, Kafka murió poco antes del colapso de este paradigma hegemónico. Esto coloca a ambos autores algo así como en los bordes internos de la modernidad ilustrada como marcas de contraste de su ciclo histórico 8. La tarea del individuo sugerida por Kierkegaard y Kafka contrasta con la modernidad en el sentido de que ésta se caracteriza, a través de la noción de progreso, como una época que

---

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 83.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 228 (Kafka, *Cuadernos en octavo*, anotación del 25 de febrero de 1918).

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 92.

siempre va un paso adelante del principio. Así, la pregunta parece ser, ¿qué lugar ocupa la escritura, en cuanto tarea, en particular para estos dos autores, en relación con las crisis del progreso de la modernidad? Para Bartoli, ambos escritores padecieron su relación con la tarea de escribir a pesar de que esta tarea definió y salvó sus vidas, probablemente en más de una ocasión. El rol del escritor kafkaguardiano es siempre paradójico, a la vez privilegiado y enfermizo<sup>9</sup>, autocondena y autocuidado<sup>10</sup>, decisión e indecisión<sup>11</sup>. Pero, según Bartoli, esta paradoja conduce a cada autor en una especie de dirección opuesta. Mientras que Kierkegaard concibe su actividad literaria como un impedimento de la adopción de la auténtica religiosidad, regresando siempre a ella como si se tratara de una trampa demoniaca; para Kafka en cambio, la trampa es siempre escoger *otra cosa* aparte de la actividad literaria que es sin duda su orientación esencial<sup>12</sup>. El uno intenta infructuosamente fugarse de la escritura hacia la religión, el otro tropieza cada vez con el mundo en su intento por llegar al tintero. En los albores de la modernidad ilustrada la ocupación primordial de un individuo lo distrae de la urgencia de lo alto; en su ocaso, las distracciones mundanas del individuo son tan altamente urgentes que éste se olvida casi por completo de su ocupación primordial.

El estilo de escritura de Kierkegaard y Kafka está, para Bartoli, atravesado por tres rasgos de carácter esenciales: la seducción, la duda y la desdicha o desesperación. Estos rasgos son escenificados a su vez por los personajes de Don Juan, Fausto y el Judío Errante tal y como por un lado Kierkegaard los ha reconstruido en diversos lugares de su obra, y por otro lado estos personajes son suplementados por la misma personalidad de Kafka<sup>13</sup>. Estos tres rasgos representan para Kierkegaard “la vida fuera de la religión en sus tres sentidos”<sup>14</sup>. Es la figura del Judío Errante, no obstante, la que asume el lugar de “símbolo de toda la Modernidad”, concebida como la desdicha de no poder tener una muerte en sentido auténtico<sup>15</sup>. La escritura es *errancia* en tres órdenes separados, en el sensual-erótico, en el intelectual-espiritual y en el histórico-epocal. Pareciera que a Kierkegaard se le impuso una responsabilidad enorme, y que éste quisiera dejar de errar en su resolución, mientras que a Kafka se le ha considerado como demasiado

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 93.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 278.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 248.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 250.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>14</sup> Søren Kierkegaard, *Los primeros diarios*, México: Universidad Iberoamericana, 2011, p. 109; Bartoli, p. 262.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 321.

infantil para asumir cualquier responsabilidad, impidiendo que él comience a errar en un primer lugar. No obstante el carácter doblemente negativo de la escritura que es señalado aquí, como exceso y como falta, Bartoli encuentra también en ambos autores un aspecto positivo, en cada caso particular, pero en ambos casos ligado a una forma de resignación. Mientras que Kafka se resigna al mundo, profundizando con ello en el carácter de la esperanza, y con ello también irónicamente encuentra más tiempo para dedicar a la escritura; Kierkegaard se resigna en cambio a “convertir su actividad poética en un fin en sí mismo en lugar de considerarla como el medio necesario para conseguir el fin de una vida religiosa”<sup>16</sup>.

De este modo, los autores comparados se encuentran en un inicio por la coincidencia significativa del interés de Kafka por Kierkegaard, y después de separarse sus caminos en direcciones aparentemente opuestas — diferenciándose el uno del otro y consiguiendo así por otra parte confirmar la idea del individuo singular como existencia fuera de la identificación literaria—, por fin terminan por encontrarse de nuevo en el camino de la resignación, como la tarea siempre renovada de comenzar a escribir, desde el principio, aquí y ahora. Kafka dice, por ejemplo, en los *Aforismos de Zürau*: “Crear en el progreso no significa creer que ya sucedió algún progreso. Esa no sería fe”<sup>17</sup>. El libro de Fabio Bartoli tiene la virtud de llevar paso a paso a su lector a descubrir este juego de diferencias y semejanzas entre las dos *Ks*, las cuales terminan por formar así un efecto espejeante que podríamos llamar también escritura. Pues así como es sorprendente la voluminosa obra que Kierkegaard dejó escrita para la posteridad es igual o tanto más sorprendente que Kafka haya logrado escribir en lo absoluto. El valor de ambas obras se pesa entonces por el *esfuerzo* y lo transmite a sus lectores. Las semejanzas biográficas de ambos, el rechazo del matrimonio y los conflictos con el padre, parecen circunstanciales cuando se mira detenidamente la sincronía de sus preocupaciones literarias. Como escribió Borges alguna vez a propósito de esta misma comparación: “La afinidad mental de ambos escritores es cosa de nadie ignorada; lo que no se ha destacado aún, que yo sepa, es el hecho de que Kierkegaard, como Kafka, abundó en parábolas religiosas de tema contemporáneo y burgués”<sup>18</sup>. Esta tendencia conjunta a la parábola no es, en efecto, una mera coincidencia, sino un arte único, que cada cual desarrolló a su manera, y que merecería sin duda, seguir siendo estudiado.

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*, 292.

<sup>17</sup> Franz Kafka, *Aforismos de Zürau*, México: Sexto Piso, 2005, p. 65

<sup>18</sup> Jorge Luis Borges, “Franz Kafka y sus precursores”, *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, 1951.